

Estudios sobre participación

Procesos, sujetos y contextos

Pérez Rubio, Ana María
Oraisón, Mercedes
(Coordinadoras)

Barbetti, Pablo
Benítez, Andrea
González Foutel, Laura
Nuñez, Cytia
Oraisón, Mercedes
Pérez Rubio, Ana María



ESTUDIOS SOBRE PARTICIPACIÓN
Procesos, sujetos y contextos

Ana María Pérez Rubio
Mercedez Oraisón
(Coordinadoras)

Estudios sobre participación : procesos, sujetos y contextos /
Ana María Pérez Rubio ... [et.al.] ; compilado por Ana María Pérez
Rubio y María Mercedes Oraison. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de
Buenos Aires :
Estudios Sociológicos Editora; Corrientes: Universidad Nacional del
Nordeste, 2013.
E-Book.

ISBN 978-987-28861-7-2

1. Sociología. 2. Participación Política. I. Pérez Rubio, Ana Ma-
ría II. Pérez Rubio, Ana María, comp. III. Oraison, María Mercedes,
comp.
CDD 303.4

Fecha de catalogación: 11/10/2013

Diagramación: Carla Blanco

© 2013 Estudios Sociológicos Editora
Mail: editorial@estudiossociologicos.com.ar
Sitio Web: www.estudiossociologicos.com.ar

Primera edición: octubre de 2013.
Hecho el depósito que establece la Ley 11723.
Libro de edición argentina.

“El presente libro puede ser descargado desde el sitio web de nuestra editorial.”

ESTUDIOS SOBRE PARTICIPACIÓN

Procesos, sujetos y contextos

Ana María Pérez Rubio
Mercedes Oraisón
(Coordinadoras)

Pablo Barbetti
Andrea Benítez
Laura González Foutel
Cynthia Nuñez
Mercedes Orainsó
Ana María Pérez Rubio

Estudios Sociológicos Editora:

Estudios Sociológicos Editora es un emprendimiento de Centro de Investigaciones y Estudios Sociológicos (Asociación Civil – Leg. 1842624) pensado para la edición, publicación y difusión de trabajos de Ciencias Sociales en soporte digital. Como una apuesta por democratizar el acceso al conocimiento a través de las nuevas tecnologías, nuestra editorial apunta a la difusión de obras por canales y soportes no convencionales. Ello con la finalidad de hacer de Internet y de la edición digital de textos, medios para acercar a lectores de todo el mundo a escritos de producción local con calidad académica.

Comité Editorial / Referato

–Graciela Magallanes (Directora de Estudios Sociales sobre Subjetividades y Conflictos –GESSYCO– y docente de la Universidad Nacional de Villa María. Directora de la Revista Latinoamericana de Metodología de la Investigación Social -RELMIS-)

–Angélica De Sena (Dra. En Ciencias Sociales - UBA; Docente de la Universidad de Buenos Aires; Directora de la Revista Latinoamericana de Metodología de la Investigación Social - RELMIS).

–Ana Lucía Cervio (Dra. en Ciencias Sociales - UBA; Investigadora Asistente CONICET)

A María del Socorro Foio, amiga y compañera en la tarea de investigar la realidad social de la región, por su valiosa colaboración en la lectura de este manuscrito y los sugestivos comentarios aportados.

Índice

Prólogo, por <i>Alberto L. Bialakowsky</i>	11
Introducción	19
La participación como herramienta de politización de la desigualdad Maria Andrea Benítez	25
Participación ciudadana y organizaciones comunitarias: espacios, prácticas y posicionamientos políticos Mercedes Oraisón	47
Acción colectiva, construcción de espacio público y participación Laura González Foutel	67
Juventudes y participación. La promoción de la participación social y política de los jóvenes desde el Estado. Reflexiones a partir de experiencias recientes en la provincia del Chaco Pablo Barbetti	87
El discurso de la participación en la sociedad contemporánea Ana María Pérez Rubio	109
Participación, capital social y MTD. Entre la compensación y la institucionalización política Cynthia Nuñez	121
Acerca de los autores	139

El discurso de la participación en la sociedad contemporánea

Ana María Pérez Rubio

Introducción

Los cambios culturales y las transformaciones económicas introducidas en las distintas sociedades en los últimos años dan cuenta de un conjunto de transformaciones tanto en los modos de vida de las personas como en la configuración de los imaginarios y las subjetividades.

Tales transformaciones remiten a la modificación del régimen de acumulación, el agotamiento del Estado de Bienestar y la democracia representativa; también al aumento de la pobreza, la exclusión y las situaciones de desafiliación que coexisten con el reconocimiento de la diversidad y la reivindicación del “derecho a tener derecho”.

Estos aspectos han promovido un discurso en torno a la participación que desde perspectivas diferentes busca involucrar a las personas en procesos crecientes de participación social; y así, mientras desde las agencias nacionales o internacionales se promovía la participación con la forma de acciones solidarias respecto de los que “menos tienen”, desde los sectores más críticos y progresistas se convocaba a la movilización en defensa de los propios derechos. Esto trajo como consecuencia la configuración de nuevos actores sociales en la escena pública y de nuevas identidades. Los beneficiarios de planes sociales y los integrantes de diferentes movimientos sociales deben contarse entre ellas.

Los estudios vinculados con esta temática presentan cierta variabilidad. Aquellos interesados en los procesos participativos generados en instancias promovidas por el Estado y vinculados con la implementación de políticas sociales han centrado su interés en la consideración de la “calidad” de la participación que se generaba, o bien en el accionar de las organizaciones de la sociedad civil, fundamentalmente en términos de incidencia. Otros se enfocaron en los distintos movimientos sociales y acciones colectivas que emergieron en los últimos años, diferenciando entre nuevos y viejos movimientos, por un lado, o entre movimientos surgidos en los países centrales y los movimientos populares latinoamericanos optaron por considerar su potencialidad transformadora.

Sin embargo, y a pesar de que actualmente no existe ninguna organización que no convoque de una u otra manera a la participación y que las formas y posibilidades de hacerlo se hayan multiplicado, no todos lo hacen con igual intensidad ni en todos los ámbitos posibles o, fundamentalmente, desde un mismo marco de significación.

Es en el cuadro de esta perspectiva que se aborda aquí la identificación de los espacios de participación que se definen en la actual sociedad y cuál es el sentido que se atribuye a esta práctica, intentando dar respuesta a las siguientes cuestiones: quiénes, en qué ámbitos y por qué razones participan. Para ello se presentan datos construidos a través de encuesta y entrevistas en las ciudades de Corrientes y Resistencia y procesados mediante el análisis factorial de correspondencias (AFC) para datos textuales. Se trabajó con una muestra teórica de 250 casos, estratificada según sexo, edad, educación y condición de ocupación.

La construcción teórica del objeto

En relación con la noción de participación, adhiero a una perspectiva que —tomando como fuente al interaccionismo simbólico— considera la imposibilidad constitutiva de ser individuo sin participar, no es posible no participar (MARITZA MONTERO, 2006). La participación constituye la experiencia social de vivir en el mundo desde el punto de vista de la afiliación a las comunidades y la intervención activa en ellas; siendo ineludible, el aprender está dado por la posibilidad de participar en el contexto social. Es a través de ella que las personas constituyen comunidades de práctica en las que participan activamente contribuyendo a configurar su propia identidad. En consecuencia toda participación es social, y el “yo” emerge de la experiencia de tomar parte en la comunidad.

Por su parte, G. SARTORI (1997) la considera vinculada con el tomar parte personal y activamente a partir de la libre decisión; se trata en este caso de un ponerse en movimiento por sí mismo y no como respuesta a la convocatoria de otros. Pero, además, y en tanto forma de relación social¹, la participación debería también ser pensada en términos políticos, porque siempre se encuentran en juego cuestiones de poder.

Por el contrario, otras perspectivas asignan relevancia a una noción de participación a partir de la definición de la realidad constituida desde la pobreza, y en tal sentido, se vincula con las posibilidades de inclusión social, bien sea por vía del empoderamiento —enfoque preconizado por las políticas sociales (CARDARELLI – ROSENFELD 2005)— o como estrategia metodológica para el cambio, como sostienen los enfoques más críticos (FREIRE, 1983).

Igualmente, considero que el interés por la participación que se registra actualmente se acompaña de una suerte de reactivación de la comunidad en el marco de la teorización sociológica. Tanto BAUMAN (2003) como MAFFESOLI (2009) y DE MARINIS

1. En primer lugar, la relación social es la referencia de un sujeto a otro sujeto mediada por la sociedad (o por la cultura, los estilos de vida, intereses e identidades) a la que pertenecen los sujetos en relación. En cuanto la sociedad ofrece lo que es necesario para realizar la mediación (valores, símbolos, reglas, recursos instrumentales), la relación puede asumir modalidades muy diversas

(2010), entre otros, destacan una suerte de preocupación acerca de las características que revisten los lazos sociales en la sociedad contemporánea y el surgimiento de un conjunto de colectivos que se reconocen —y son reconocidos— como comunidades. Subyace a este concepto, al igual que en el caso de la participación, una connotación positiva, que se asocia a la fraternidad, la unidad, la solidaridad, la comunicación y la cohesión.

DE MARINIS (2010) sostiene que la distinción entre comunidad y sociedad, planteada por la sociología clásica, está experimentando una profunda distorsión en sus fundamentos. En orden a esto algunas sociologías han comenzado a anunciar la disolución de la sociedad o su reconfiguración total e incluso su vaciamiento, en tanto que la comunidad experimenta una suerte de *revival*. Pero no se trata del resurgimiento de las comunidades del pasado premoderno, sino de comunidades postsociales que se revelan con características propias y en las que uno de los polos —la sociedad— parece desvanecerse y el otro reactivarse en la discursividad contemporánea. No hay actualmente forma de acción colectiva que en algún momento no recurra a la fórmula comunitaria. Pero, en cualquier caso, continúa siendo inherente a la comunidad la sensación de estar más o menos juntos y avanzar —o retroceder— en cursos comunes de acción sobre la base de ciertos rasgos compartidos (intereses, gustos, riesgos, peligros, inclinaciones, orientaciones éticas y estéticas).

Con independencia de esto existen importantes diferencias entre la vieja comunidad y la nueva: la primera remite a la adscripción compulsiva frente a la intencionalidad, la electividad, la acción voluntariamente adoptada, ya se trate de acciones proactivas o reactivas frente al mundo contemporáneo que ha ampliado la percepción de riesgos; la segunda, a su no permanencia, las acciones de sus miembros se mantienen hasta tanto se concrete el objetivo o la satisfacción de las necesidades para las que han surgido o bien las motivaciones de ellos. El tercer rasgo de diferenciación es el territorio. Muchas de las comunidades actuales están desterritorializadas, no coinciden los límites geográficos con los límites sociológicos. Otra característica es su pluralidad: los individuos pueden adherir a muchas de estas comunidades a la vez y entrar y salir por propia voluntad.

MAFFESOLI (2009) también ha considerado las nuevas formas de socialidad, aunque haciendo referencia a ellas como “tribus”, las que constituyen a su entender intentos de superación del individualismo propio de la sociedad moderna, compatibles con un nuevo paradigma cultural, caracterizado por formas de socialidad empática, una estética del nosotros, la recuperación del lazo social, la primacía de los sentidos y la configuración de contextos marcados por la proximidad y la emocionalidad colectiva.

Atendiendo a estas consideraciones me propongo a continuación analizar algunas prácticas participativas, tal como aparecen en el discurso de un conjunto de agentes emplazados en dos ciudades ubicadas en la región nordeste de Argentina. Para ello se consideran al mismo tiempo el ámbito en el cual se participa y las razones que fundamentan —al decir de los entrevistados— tales prácticas. El contexto geográfico y social en el que ha sido realizado el estudio —las ciudades de

Corrientes y Chaco en el nordeste argentino—, aunque con diferencias marcadas entre ambas orillas, se ha caracterizado fundamentalmente por un orden cultural escasamente participativo y la persistencia de modos clientelares de gestión de la cosa pública.

Los ámbitos de la participación

Con independencia de los distintos modelos teóricos que abordan el concepto en el imaginario social, la participación se constituye como un concepto autopositivo, al tiempo que se define una variedad de modos y ámbitos. Así, los gobiernos de corte neoliberal han recurrido a ella para el diseño de los planes sociales con el propósito de gestionar las NBI y desarrollar una dinámica resocializadora, según destaca M. SVAMPA (2005), haciendo referencia a GONZÁLEZ BOMBAL, mediante redes de autoayuda y la participación comunitaria.

Al mismo tiempo, y como fundamento de una nueva etapa de las sociedades que buscan alternativas antisistémicas, se registra el surgimiento de nuevas formas de militancia que preconizan el reposicionamiento de la sociedad civil para trabajar en acciones voluntarias que buscan soluciones a problemas vinculados, a veces, con la redistribución de riquezas, pero que en ocasiones apuntan hacia políticas del reconocimiento. A esto hay que sumar los nuevos modos de expresión que destaca ROSANVALLON (2007), en *La Contre-démocracia* —, mediante sondeos, manifestaciones, recursos ante la ley, presión en los medios, que se realizan por fuera de los partidos y están orientados a controlar o vigilar las desviaciones.

Esta forma de participación se asocia directamente con el gran desarrollo que ha adquirido en los últimos años la Red y su capacidad de incorporación a la vida humana, constituyéndose en una nueva forma de vínculo social y expresión política que organiza comunidades en las que todo es interacción libre, pura circulación y encuentros puntuales. Aunque la crisis de la democracia representativa ha generado concomitantemente un cierto retraimiento del ciudadano común de la vida política que se pone de manifiesto en la resistencia a convalidar, de este modo, la legitimación del poder.

Además, y en modelos de sociedades excluyentes como las latinoamericanas, han aparecido formas de movilización y acción colectiva con la intención de lograr soluciones, expresar solidaridad o denuncia, y que, en cualquier caso, requieren cierto nivel de conciencia entre los promotores. Así, los procesos de empobrecimiento material y fragilización de los lazos sociales —derivados del agotamiento del Estado de Bienestar— dieron origen a nuevas formas de relacionamiento y participación. Por un lado, la conformación de redes de autoayuda social, laboral y de protección; desde otra perspectiva, se configuran ámbitos de socialidad basados en intereses particulares que favorecen el agrupamiento, pero operan al mismo tiempo como diferenciadores. El discurso acerca de la participación que se

recupera remite, específicamente, a los ámbitos y razones a partir de las cuales se significan los procesos participativos. En general, los entrevistados adhieren a una noción de participación que se vincula al formar parte o ser parte de diferentes asociaciones, colectivos o grupos definiendo la participación desde la pertenencia: así se participa en el trabajo, en la universidad, en el colegio de los hijos, en reuniones familiares, en grupos de amigos, pero también en el barrio, la red vecinal, el sindicato y los movimientos sociales.

Las razones que se invocan varían en relación con estos espacios; en algunos casos, los motivos se vinculan con la necesidad, el interés o el compromiso de ayudar a los que más lo necesitan, en otros se siente la obligación de responder a las convocatorias cuando provienen del lugar donde trabajan o desde las instituciones escolares de sus hijos. Algunos entienden la participación como un modo de sentirse activo, vinculado, aceptado. Un número reducido siente el deber de actuar en defensa de sus derechos.

A partir del AFC y tomando para el análisis los dos primeros factores, se evidencia que el primero distingue los individuos que dicen no participar de aquellos que participan en alguna organización o esfera. El segundo tipifica, según los modos que asume esta participación, en una gradación que va desde el colaborar, ayudar o responder a las convocatorias, hasta modos más activos en los que las personas forman parte de comisiones o comités directivos y toman decisiones en sus ámbitos de pertenencia específicos. Estas diferencias parecen adscribir a las distintas posiciones que los entrevistados ocupan según sea la edad, el nivel educativo o la ocupación que desarrollan, aumentando la asertividad a medida que aumentan los niveles educativos y se disminuye en edad.

La proyección de los factores sobre el eje de coordenadas permite identificar claramente tres grupos: el primero (55.9 % de la población) se define por su heterogeneidad incluyendo actividades que vinculan por un lado con la esfera íntima de la reproducción: atención de la familia, los hijos, a las que se suman las prácticas de sociabilidad —amigos, clubes, reuniones sociales, actividades deportivas, de ocio y divertimento—, coexistiendo con la participación en organizaciones laborales y gremiales. Este grupo está conformado por los más jóvenes, de entre 30 y 45 años, predominantemente de sexo masculino, empleados o profesionales, miembros más o menos activos de las organizaciones de las que forman parte.

Los otros dos grupos definen sus actividades de participación privilegiando los aspectos socio/comunitarios, diferenciándose internamente a partir de la edad y la dimensión educativa. Los menores niveles educativos, con predominio de mujeres y beneficiarios de planes sociales (36.4 %), se corresponden con la participación en organizaciones vecinales o en acciones solidarias a través de la iglesia o parroquia, aunque también se incluyen las cooperativas y algunas acciones colectivas de protesta. El otro grupo —muy reducido— nuclea a mayores de 60 años con altas credenciales educativas, miembros de fundaciones, empresas o distintas agremiaciones profesionales y acciones solidarias.

Con todo, la pertenencia/participación en estos colectivos no es exclusiva; muy por el contrario, la mayoría destaca una pluralidad de afiliaciones que conlleva, al mismo tiempo, unas significaciones particulares:

- a) la participación como deber moral, desde dos vertientes: entendida como un modo de proporcionar ayuda/solidaridad hacia el “otro” necesitado y que se vive como una obligación o responsabilidad; al tiempo que se reconoce el deber de luchar por los propios derechos.
- b) La participación como instancia de socialidad: asociada a la idea de encuentro, de compartir e integrarse a una comunidad de pares, propia del círculo más íntimo. Expresión del “ser parte” o “formar parte”, este modo de participación se asienta sobre relaciones simétricas, que favorecen la convivencia y el desarrollo personal al orientarse a la gratificación/consolidación del lazo social.
- c) La participación como un modo de estar inserto, interesado en las cosas del mundo, mantenerse activo que posee además un componente afectivo patentizado en expresiones tales como “siento la necesidad” o “me hace sentir bien”.

Para avanzar en este análisis he propuesto pensar la participación como una práctica social, según la conceptualización de BOURDIEU (1993), tomando para considerar los espacios de participación la distinción que realiza H. ARENDT(2003) entre esfera pública, esfera privada y el espacio social.

La esfera privada, como opuesta a la pública, es el lugar en el que se desarrollan las relaciones de asociación natural en el interior del hogar y la familia; de este modo, se vincula con la supervivencia, es decir, con el reino de la necesidad. En la antigüedad esta esfera poseía un carácter privativo, es decir, desprovisto de algo². Pero con la modernidad se ha enriquecido, multiplicando su sentido y restándole el rasgo de privación. En la concepción moderna, lo privado se orienta hacia la protección de lo íntimo y lo oculto; en consecuencia, se presenta no ya como lo opuesto a la esfera pública, sino a la social, con la que se encuentra más próxima y efectivamente vinculada.

Lo privado es el lugar de la confianza y los dones, de las relaciones personales y los afectos, en él se encuentran suspendidas las leyes del mercado y los intercambios económicos. Lo público, en cambio, remite a lo visible y lo común, es la esfera de los intereses compartidos, de los asuntos políticos; el espacio de la igualdad, aunque de una manera diferente de la actual, se era igual entre pares, para poder mostrar la propia individualidad³.

2. El término privado refiere a una situación de deprivación, es decir de estar privado de algo, en este caso específico de poseer una verdadera vida humana, de ser visto y oído por los demás, de estar privado de realizar algo más permanente que la reproducción de la vida.

3. La esfera pública en consecuencia era agonal, y en ella el individuo debía destacarse constantemente.

Finalmente, la esfera social se define por oposición a las otras dos, lo que no es ni público ni privado. Esta esfera se ha configurado posteriormente, coincidiendo con la declinación de la familia, cuando sus funciones son absorbidas por los otros grupos. Lo característico se encontraría en la invasión de actividades recíprocas que se corresponden con una y otra esfera. El principal elemento de este espacio intermedio es el trabajo en el que prevalecen tanto intereses colectivos como particulares.

Fue este elemento el que contribuyó a la transformación de las comunidades modernas que en poco tiempo devinieron en sociedades de trabajadores —o empleados—, y por tanto se centraron en las actividades necesarias para el mantenimiento de la vida.

Por su parte, BORDIEU (1993) considera que la práctica resultaría de un esquema de producción del habitus, en tanto generador de prácticas “objetivamente enclausurables”⁴. Se considera así que todo proceso de participación es el producto del aprendizaje social inscripto en el sujeto, el que puede ser leído como una matriz de interacciones aprendidas resultado de una construcción histórico-social concreta⁵.

En general, los datos presentados dan cuenta de la pluralidad de posiciones en el interior de los grupos, y a su vez reflejan las modificaciones producidas en la sociedad en los últimos años, la fragmentación del mercado de trabajo, el aumento de la precariedad laboral, las relaciones que existen entre las condiciones ocupacionales y educativas y las condiciones de vida. En consecuencia, tanto los espacios de participación como las razones que se invocan registran tales vinculaciones.

El discurso en torno a la participación se organiza a partir de un núcleo central⁶ que la reconoce como concepto auto-positivo en tanto promueve el involucramiento en el juego social y el compromiso de la sociedad civil. Sobre este acuerdo, se tejen las diferencias en el modo de entenderla que derivan de las pertenencias específicas de los entrevistados y de los contextos donde ellas se desarrollan.

Por un lado, el barrio y la iglesia se presentan como dos ámbitos organizadores de las clases populares, siendo el deber/obligación de luchar por los propios derechos o ayudar a “quienes más lo necesitan” las razones invocadas, en las que priman los intereses comunitarios. Obreros y beneficiarios de planes sociales, mujeres y personas por encima de la franja etaria que corresponde a la actividad económica son sus principales integrantes. La vinculación que se verifica con el sexo femenino deriva de una

4. En tanto derivan de las condiciones de vida de los grupos sociales en su relación concreta con la estructura social (el espacio de los estilos de vida).

5. Se parte de una idea de campo social relacional y multidimensional que demanda ser descifrado en sus diferencias sociales, espaciales y temporales.

6. La noción de núcleo central remite a formulación de la teoría de las representaciones sociales de la escuela de Aix en Provence. El núcleo central —o estructurante— tiene por función generar sentido y actuar como organizador de la representación. El núcleo central constituye la base común y compartida de la representación, y se encuentra influida por el contexto y las ideologías. ABRIC. (1984).

cierta tendencia a asignarles a las jefas de familia una importante proporción de planes sociales. Esto ha supuesto un cambio en la vida cotidiana de las familias, modificando la tendencia histórica en cuanto al posicionamiento de la mujer y resignificando su papel en el ámbito social.

En este grupo también revisten algunos miembros de distintos movimientos sociales, la mayoría de los cuales interviene en la gestión y distribución de los planes sociales. En este marco adquieren importancia las prácticas asociativas-participativas que operan como condición para el otorgamiento del plan, al tiempo que promueven acciones colectivas de protesta o reivindicación que dan cuenta de las nuevas modalidades de inscripción social de los sectores populares, las que derivan del pasaje de trabajador a pobre/beneficiario (MERKLEN, 2005: 44). En el interior de este grupo, el discurso de los “dirigentes” cobra intensidad política y voluntad de transformación; los integrantes, en cambio, adscriben a ellos en demanda de prestaciones sociales cada vez más ligadas a la asistencia. Tales prácticas vinieron de la mano de las políticas sociales neoliberales, las que se asientan sobre dos ejes fundamentales: el empobrecimiento material y la pérdida y fragilización de los lazos y redes sociales.

Pero la participación comunitaria forma parte del ámbito social y se identifica por las asociaciones de proximidad, algunas de las cuales persiguen intereses particularistas aunque compartidos —asociaciones de vecinos, grupos barriales—, pero a la vez refieren a acciones de solidaridad ya sea por “deber de buen cristiano” o porque se siente la necesidad de ayudar a aquellos que forman parte de los sectores más desfavorecidos. Se encuentra en este modo de participación un deseo de implicación en el espacio público, a partir de su orientación hacia el bien común, que sin embargo constituye un fin en sí mismo; la ayuda a la comunidad supone un estar bien consigo mismo, un sentirse activo e incluso una suerte de crecimiento personal. En el otro grupo, la participación se despliega en el interior de la esfera íntima vinculada con la inserción en contextos próximos, sea el entorno laboral, educativo o las distintas instancias de sociabilidad —clubes deportivos, relaciones amistosas, familiares—, y se corresponde, fundamentalmente, con los sectores más consolidados, con empleos estables y altas credenciales educativas. Constituyéndose con una idea de heterogeneidad, muestra la invasión de la esfera privada por lo social, incluyendo tanto la organización del trabajo como la vida cotidiana, las distracciones y el descanso, las distintas formas de la sociabilidad compartida con una dotación importante de tiempo dedicado al ocio, poniendo en evidencia la tensión actual entre una vida dedicada al trabajo disciplinado y el ideal de la pereza y el disfrute hedonista por fuera del horario dedicado a aquel. En conjunto, se implican en una suerte de cultura del individualismo manifiesta en el recentramiento del interés en lo privado.

Algunas consideraciones en torno a los espacios de participación

El estudio de los procesos participativos constituye, en sí mismo, un campo problemático; su intensidad depende de condiciones políticas, factores de poder, el grado de organización y movilización popular, de las matrices culturales que definen el contexto en el que tales procesos se desarrollan, del tipo de relaciones que se establecen entre los actores.

El interés de reflexionar en torno a ella deriva de la importancia que reviste en el plano del paradigma cultural actual y su presumible potencialidad para conquistar la ciudadanía plena y promover procesos de transformación social. El discurso analizado recupera la importancia de la participación para la vida social. Sin embargo, y concebida desde una perspectiva instrumental, como estrategia de empoderamiento por los responsables de las políticas sociales, genera como respuesta el convencimiento de que “no es posible no participar”. En efecto, el imaginario de la participación —luego de su primera noción, que remite a la Grecia antigua— ha sido asociado a la necesidad de las clases populares de demandar en defensa de los derechos. Así y tal como señala MERKLEN (2005), cuanto más pobre se es menor pasividad y más necesidad de organizarse, como si los pobres estuvieran condenados a participar de modo perpetuo.

En consecuencia, el Estado continúa siendo el referente con vistas a la obtención de algún beneficio y habilita la participación en acciones colectivas de protesta, pero no necesariamente supone la constitución de un sujeto político en ejercicio de una ciudadanía crítica, dado que la interpelación se realiza desde una situación de subordinación, en la que se negocia la asistencia a partir de las lógicas clientelares prevalentes en la región.

En el mismo marco, algunas acciones asociativas se realizan desde un enfoque individual que establece un conjunto de requerimientos que deben ser satisfechos para cubrir el déficit de inserción. En la lógica de autoayuda y autosocorro coincide la norma individualista del sistema del capitalismo de consumo, en la que la autonomía del individuo debe ser suficiente para propiciar su subsistencia.

Conjuntamente, la solidaridad aparece como otro elemento organizador de la práctica participativa, dando un marco para definir la situación de necesidad y orientar las intervenciones. En general, la convocatoria a la sociedad civil se realiza a partir de esta idea de ayudar a los “otros” que menos tienen. Esta comunidad emocional que se configura deviene un modo de superación del individualismo, que permite experimentar y sentir en común.

Pero la solidaridad para con los otros, que busca saldar la deuda social que los individuos tienen, no implica la desaparición de la desigualdad. Cuando la economía de los dones se realiza bajo relaciones sociales asimétricas, instituye al otro como dominado. (BOURDIEU, 1993).

En ambas tendencias se registra una suerte de reofilantropización de la sociedad, que propone el desarrollo de un sentido privado y voluntario de la solidaridad dejando en manos de la sociedad civil o sus organizaciones la prestación de servicios

que anteriormente brindaba el Estado, pero que, al mismo tiempo, propicia el fortalecimiento comunitario, el desarrollo local y la formación de microemprendimientos.

Esta voluntad de ser solidario, que se acentuó a partir de la crisis de 2001 en nuestro país, impulsa a una búsqueda del sujeto colectivo, configurando un tipo místico, no racional, que tiene función de agregación pero que centra toda su energía en el acto mismo y descuida todo proyecto de futuro. La pulsión de estar juntos es el fundamento de la ética comunitaria, pero se agota en su propia creación y recreación, por lo tanto promueve el conformismo dentro del grupo.

A modo de conclusión

Para terminar, las respuestas analizadas dan cuenta de un particular modo de considerar la participación, la que refleja la dinámica social de nuestras sociedades. Surgimiento de movimientos sociales con nuevas formas, militancia en la Red, asociaciones comunitarias, vecinales, redes institucionales, interpersonales, locales, asociaciones militantes, y orientadas hacia el mercado.

La tensión no resuelta entre individualismo y comunidad se patentiza por un lado en el enriquecimiento de la esfera privada, por parte de un grupo, las nuevas formas de socialidad para los menos educados y el crecimiento exponencial del sector social y las asociaciones voluntarias como expresión autónoma de la sociedad civil.

El interés por la participación entendida fundamentalmente como formar parte revela que el juego social es importante, en tanto asegura un cierto grado de integración a un mismo campo que no se cuestiona.

Pero muestra además la conformación de nuevas formas de participación, vinculadas con el surgimiento de esta comunidad postsocial que se comentó en el inicio. Las nuevas formas de participación, en consonancia, se caracterizan por ser agrupamientos que presentan una gran variabilidad en cuanto a sus miembros, los modos de ingreso y permanencia y en los que la proximidad física y emocional adquiere un carácter definitivo.

En todas ellas se soslaya la dimensión política, oculta bajo el predominio de lo empático por sobre la noción de conflicto, poniendo en cuestión la potencialidad de la participación como constructora de sujetos autónomos⁷, que permitan avanzar hacia formas genuinas de democracia.

La recuperación de la dimensión política de la participación podría aparecer, efectivamente, como un ejercicio en el que los sujetos y los grupos puedan experimentar su propio poder y sus posibilidades de acción, pero, fundamentalmente, como una estrategia para eliminar la exclusión y la subalternidad. Al favorecer el cuestionamiento

7. Es decir, capaces de "darse" su propia sociedad, prescindiendo del objetivo de transformación.

de lo dado —lo institucionalizado, la dominación, la manipulación y la cooptación— habilita un ejercicio constante de democratización y ciudadanía y la transformación del propio sujeto que no reduce su papel a la reproducción de la estructura, sino a su producción y transformación.

Solo bajo estas condiciones, los procesos participativos posibilitarían la elaboración de proyectos de autonomía. Sin embargo, continúa en discusión en qué medida operan como espacios que contribuyen a la construcción de formas genuinas de ciudadanía.

Con todo, la reformulación de las políticas sociales de asistencia a formas vinculadas con la producción autogestionada que han asumido algunos grupos en el interior de los distintos movimientos sociales tal vez abre la posibilidad de resignificar prácticas cotidianas en ámbitos de sociabilidad más autónomos, y en tal sentido podrían configurar nuevos horizontes de lucha y transformación⁸. -

Bibliografía

- ABRIC, J.C. (1984): *Aproche théorique et expérimentale des représentations sociale situation d' interaction.*
- FARR – MOSCOVICI, 1984: *Social Representations*, Cambridge, England: Cambridge University Press.
- ARENDT, H. (2003) *La condición humana*, Buenos Aires: Paidós.
- BAUMAN, Z. (2003) *Comunidad. En busca de seguridad en un mundo hostil*. Argentina: Siglo XXI.
- BOURDIEU, P. (1993) *El sentido práctico*. Madrid, Taurus.
- CARDARELLI G. y M. ROSENFELD (2005.). *Con las mejores intenciones. Acerca de la relación entre el Estado pedagógico y los agentes sociales*. En: DUSCHATZKY, SILVIA (comp.) *Tutelados y asistidos. Programas sociales, políticas públicas y subjetividad*. Buenos Aires. Paidós.
- DE MARINIS. P.: *Comunidad: derivas de un concepto a través de la historia de la teoría sociológica*. Papeles del CEIC, Vol. 1, marzo-sin mes, 2010, pp. 1-13. Universidad del País Vasco/Euskal Herriko Unibertsitatea España.
- FREIRE, P. (1983) *Pedagogía del oprimido*. México: Siglo XXI.
- MONTERO, M. (2006): *Teoría y práctica de la psicología comunitaria. La tensión entre comunidad y sociedad*. Buenos Aires, Paidós.

8. Las políticas sociales responden en general a la lógica del individualismo —tal como se señaló en las páginas anteriores—; sin embargo, cuando los procesos de autogestión son abordados desde una lógica comunitaria que parece primar en los movimientos sociales ya no resultan necesariamente individualistas, sino que derivan en prácticas colectivas de solidaridad ayudando a visibilizar nuevos horizontes de futuro.

- MAFFESOLI, M. (2009) El tiempo de las tribus. México: Siglo XXI.
- MERKLEN, D. (2005) Pobres ciudadanos. Las clases populares en la era democrática. (Argentina 1883 – 2003), Buenos Aires, Ed. Gorla.
- ROSANVALLON, P. (2007) La contrademocracia. La política en la era de la desconfianza. Buenos Aires; Manantiales.
- SARTORI, G., (1997): Qué es la democracia. México: Nueva Imagen.
- SVAMPA, M. (2005) La sociedad excluyente. Buenos Aires: Taurus.